

Estudios sobre la muerte en México: Un estado de la cuestión*

Luis Ernesto Cruz** Ocaña y Jorge Magaña Ochoa***

Resumen:

El artículo ofrece una revisión bibliográfica para generar un estado de la cuestión en torno a los “estudios sobre la muerte”. A través de la revisión de los antecedentes, los fundamentos teóricos y los planteamientos principales de investigaciones historiográficas, antropológicas y/o sociológicas, tanto en Europa como en Latinoamérica y México, se busca esclarecer una manera de enfocar la muerte como una configuración socio-cultural particular que responde a contextos de relaciones de poder específicos. Para ello se adopta un posicionamiento que, frente al carácter universalista de la producción “Occidental”, espera contribuir a los “estudios sobre la muerte” a partir de propuestas con una perspectiva regional que consideren las contradicciones propias de nuestro contexto y sus producciones.

Palabras clave: Muerte, cultura, poder, Latinoamérica, México.

Abstract:

The article offers a bibliographical review to generate a state of the question concerning Death Studies. Across the review of the precedents, the theoretical foundations and the principal arguments of historiographical, anthropological and/or sociological researches, both in Europe and in Latin America and Mexico, it seeks to clarify a way of focusing death as a particular sociocultural configuration that is connects to a specific contexts of relations of power. For that, we adopt a position that hopes to contribute to “Death Studies” from proposals with a regional perspective that take into account the proper contradictions of our context and its productions, in opposition to the universalistic character of the “Western” production.

Key words: Death, culture, power, Latin America, Mexico.

* Artículo terminado en marzo de 2017, entregado para su evaluación en abril del mismo año y aprobado para su publicación en mayo de 2017.

** Doctorante en Estudios Regionales de la Universidad Autónoma de Chiapas, México (UNACH). Maestro en Antropología Social y profesor en la Maestría en Estudios Culturales (MEC) de la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH), México. Colaborador del Cuerpo Académico Estudios Mesoamericanos. Ha publicado artículos en revistas indexadas y capítulos en libros colectivos. Email: luiscruca@yahoo.com.mx.

*** Docente/investigador de la Facultad de Ciencias Sociales, Campus III de la Universidad Autónoma de Chiapas (UNACH), Chiapas, México. Post-Doctor en Ciencias Humanas y en Ciencias Políticas por la Universidad de Los Andes (ULA), Mérida, Venezuela. Integrante del Núcleo Básico del Doctorado en Estudios Regionales y Coordinador del Cuerpo Académico Estudios Mesoamericanos (UNACH). Investigador del Grupo de Trabajo sobre Asuntos Indígenas (GTAI) del Centro de Estudios Políticos y Sociales para América Latina (CEPSAL-ULA), y Profesor de planta del Doctorado en Estudios Políticos de la ULA. Email: jorgem41@hotmail.com.

1. Introducción

Estas líneas son un intento de condensar algunos debates sobre la muerte como problema de investigación socio-cultural. El artículo constituye una revisión bibliográfica para generar un breve estado de la cuestión de carácter crítico en torno a los “estudios sobre la muerte”. A través de la revisión de los antecedentes —apartado uno—, los fundamentos teóricos y los planteamientos principales de investigaciones que tienen, sobre todo un carácter historiográfico, antropológico y/o sociológico, tanto en Europa —apartado dos, primera parte— como en Latinoamérica y México —apartado dos, segunda parte—, buscamos esclarecer una manera de enfocar la muerte como una configuración particular que responde a contextos socio-históricos específicos, y no como una entidad dada en sí misma —apartado tres—.

Para ello adoptamos un posicionamiento que, frente al carácter universalista de la producción “Occidental”, se ubica en una situación latinoamericana de interpelación por otras formas de ver, experimentar y vivir la realidad. Con esto, esperamos contribuir a los “estudios sobre la muerte” con propuestas que, con una perspectiva regional, consideren las contradicciones propias de nuestro contexto y sus producciones complejas —apartado final—.

2. Estudios sobre la muerte: entre Occidente y sus otros

La muerte ha sido, desde el siglo pasado, una de las preocupaciones que las ciencias han intentado dilucidar. Los acercamientos médico-clínicos y demográfico-estadísticos, al centrarse en la mortalidad y en el binomio salud-muerte, la han reducida a un asunto genético, médico y fisiológico, o a una matematización que busca conocer la distribución, la frecuencia y el perfil epidemiológico en diálogo con las condiciones poblacionales diferenciales. Según estos acercamientos, es un asunto orgánico o, en los estudios biopolíticos centrados en el trinomio salud-enfermedad-muerte, una preocupación estatal. Se institucionaliza y burocratiza, de modo que se deposita en el Estado la obligación y capacidad de proteger a la población. De este

modo, la muerte aparece como algo que debe ser, si no erradicado, al menos combatido y postergado. Se coloca el acento en los agentes desencadenantes de la enfermedad y la muerte, así como en las medidas para contrarrestar sus efectos epidémicos¹.

Contrario a estas formas de acercarse a la muerte, desde fines del siglo XIX y principios del XX, autores como Tylor con una mirada evolucionista, Malinowski con su aproximación etnográfica funcional, Mâle desde el estudio iconográfico del arte, Huizinga a partir del análisis de fuentes literarias y artísticas, ofrecieron análisis de la vida que de modos, en contextos y periodos distintos, incluían la muerte. Pero ésta aparecía como un complemento para acercarse a la religiosidad y espiritualidad de un grupo, o a las jerarquías sociales a través de sus ritos y gestos primordiales².

Es en la década de los setenta del siglo XX donde, tanto en el ámbito historiográfico, representado por la Historia de las Mentalidades, como en el antropológico, con el aporte de la Antropología Simbólica, la muerte cobra relevancia por sí misma. Se enfatizan las actitudes y formas de simbolizarla, en la medida que se observa como un hecho a la vez físico y semántico. En tanto término de la vida biológico-individual, no implica el fin de la vida socio-cultural, sino que la muerte es un elemento primordial en las relaciones sociales de quienes la experimentan, la significan y la narran, esto es, los vivos³.

A pesar de estas innovaciones, al hacer una revisión de trabajos historiográficos, sociológicos y antropológicos sobre las formas de vivir la muerte se nota una separación entre sociedades occidentales, modernas, civilizadas y sociedades tradicionales, premodernas, primitivas e, incluso, indígenas. Los análisis centrados en las primeras delinean la manera en que se ha construido una sensibilidad ante la muerte articulada en una mentalidad inconsciente propia de una colectividad homogénea y unificada⁴; mientras los análisis de las segundas son utilizados a modo de contraste con aquéllas para mostrar la diferencia entre percibir y vivir la muerte como algo prohibido, y percibirla y vivirla como elemento estructurador de una visión propia del mundo y resistente ante los cambios⁵. En esta línea, Da Matta⁶ distinguió entre sociedades “occidentales”, cuya preocupación es la

muerte, y las “no occidentales”, en donde el acento se coloca en los muertos.

Con lo anterior se delinean dos mentalidades o culturas contrapuestas. Sin embargo, estas afirmaciones nos llevan a repensar la situación de los entornos latinoamericanos que conllevan tanto un pasado-presente prehispánico, indígena u originario, una experiencia colonial donde la historia civilizatoria —aunque sería mejor decir el proyecto civilizatorio— de Occidente se cruzó con la historia propia, y una circunstancia poscolonial que implicó tanto el intento propio de construir un proyecto societal común con referencia a sus contrapartes colonizadoras, como sus propias exclusiones grupales internas.

Siendo así, toda indagación socio-cultural sobre la muerte requiere observar cómo se revelan congruencias, diferencias y desigualdades no sólo con respecto a las producciones y procesos occidentales, sino al interior de los proyectos estado-nacionales latinoamericanos. Mientras que en “Occidente” —o lo que se dice de él— la muerte es un tabú, algo de lo que no se habla y se oculta intencionalmente⁷; en contextos latinoamericanos —entendidos como mosaicos que transgreden la separación occidental-no occidental, moderno-tradicional— el tema de la muerte aparece constantemente, pero no tanto la muerte como concepto o en abstracto —aunque sí como entidad fetichizada—, sino encarnada en la muerte de alguien cercano, de la experiencia en torno a esa muerte. La muerte es pensada y vivida desde la experiencia con los muertos propios que permanecen vivos mientras no sean olvidados. De ahí la complejidad de estos contextos en donde confluyen imaginarios y prácticas a veces contradictorias y no bien delimitadas en un todo cultural cerrado.

3. Un estado de la cuestión en torno a los estudios sobre la muerte

3.1. La muerte desde el ineludible aporte de la historiografía francesa

Luego de la innovación interdisciplinaria —unión de historia y ciencias sociales— trazada por la Escuela de los Annales, anclada en la propuesta de Braudel sobre los procesos de larga duración,

se comienzan a atender temas que tanto la historia centrada en los “acontecimientos” como la historia de las estructuras económicas y sociales consideraban intrascendentes por su cotidianeidad⁸. Entre estos temas aparece la pregunta sobre cómo se relaciona la sociedad con la muerte. Inicia así la reflexión acerca de la historicidad de la muerte incluyendo sectores “silenciosos” —y “silenciados”— que en la historia oficial habían sido abandonados, o aún a las élites pero enfocándolas desde una perspectiva diferente⁹.

Aquí surge la “historia de las mentalidades” que se orienta hacia las estructuras de sentimiento de larga duración ubicadas más allá de los individuos y de la sociedad. Las mentalidades representan el “tercer nivel”: las estructuras que permanecen, resisten al cambio, y revelan el contenido impersonal del pensamiento¹⁰. Este tipo de historia, con predominio estructuralista, pretendió incluir las resistencias al cambio, así como la novedad y creatividad del imaginario colectivo.

En Francia, las obras confrontadas de dos historiadores marcó el rumbo de los estudios sobre la muerte y las mentalidades. En un lado, Ariès generó una visión holística de la historia de Occidente en la larga duración; y, en el otro, Vovelle trazó una metodología de interpretación de grandes corpus documentales. Así, el estudio de las actitudes ante la muerte pasaba por utilizar fuentes de la literatura, iconografía religiosa, testamentos, material demográfico, gestos funerarios, fundación de obras pías, lugares de enterramiento, etc.

Ariès¹¹, centrado en el “inconsciente colectivo”, ofrece una tipificación de las actitudes ante la muerte en diferentes épocas de Occidente: *a) la muerte domesticada* de la Edad Media —a partir del siglo XII— donde aparece como avisando su llegada, en contra de una muerte súbita que implica una “mala muerte”; *b) la muerte propia*, ubicada a inicios de la Edad Moderna con la asunción de los discursos sobre el Juicio Final y las *arts moriendi*, donde la preocupación fundamental es la salvación del alma propia y sus rituales asociados; *c) la muerte del otro* producto del Romanticismo —siglo XVIII— donde se le dramatiza y embellece para inspirar la añoranza del ser querido que es recordado a partir de diversos medios; y *d) la muerte vedada*

o invertida del siglo XX, donde es rechazada, ocultada y recluida en espacios cerrados como algo negativo.

En las primeras dos —denominadas *tiempo de los yacentes*— existe una conexión y contacto entre la vida y la muerte, además de la participación de la comunidad tanto en el proceso de enfermedad y de muerte, como en los rituales sucesivos; mientras en las otras —nombradas como *muerte salvaje*— se da una negación o desintegración entre la vida y la muerte, mediante la privatización y ocultamiento de ésta, haciéndola sinónimo de fracaso.

Por su parte, Vovelle¹² propone ver las mentalidades en relación con “los condicionamientos del modo de producción y de las estructuras sociales y demográficas”¹³. Introduce una “mirada vertical”, con el análisis de testamentos y otras fuentes. A partir de esa mirada se acerca a la experiencia humana desde tres dimensiones: la *muerte sufrida* o las muestras demográficas de mortalidad; la *muerte vivida* o los ritos, gestos, representaciones, imaginarios y sensibilidades de las actitudes de los vivos ante la muerte; y los *discursos sobre la muerte* o los imaginarios colectivos revelados en ideas, conceptos y creencias comunes manifestados por la Iglesia, la literatura, la filosofía y las expresiones estéticas.

A partir de este análisis Vovelle¹⁴ critica la noción de inconsciente colectivo de Ariès, así como su tratamiento impresionista y mecanicista de las fuentes. Expresa en sus trabajos una transformación en las actitudes que va del paso de la muerte pomposa barroca —propia del Antiguo Régimen— a una más civil y menos ceremonial —anclada en las ideas ilustradas y la construcción de los Estados-nacionales modernos—. Esto se observa en el análisis de testamentos donde se observa una disminución en las peticiones de misas post-mortem. Para el siglo XVIII, impera una realidad descristianizadora que implica la decadencia de una piedad barroca, centrada en la Iglesia como productora y garante de las creencias.

Estas formas de analizar la muerte orientándose hacia las actitudes, ceremonias, rituales y comportamientos, trazaron las pautas de investigaciones que rastrearon, la cosmovisión de una época, más que en términos de conflicto —aunque reconocen que existen—,

de armonía y coherencia en las estructuras de la sensibilidad. Sin embargo, según Eliás¹⁵, los trabajos de estos historiadores, sobre todo el de Ariès, describen pero no explican mucho; ya que se suman al espíritu romántico que idealiza el pasado, sin considerar que las transformaciones en torno a las formas de concebir la muerte están vinculadas con un proceso civilizatorio no teleológico donde las coacciones externas se convierten, gradualmente, en autoacciones.

Con todo y sus críticas, en España se replicó la tradición historiográfica francesa, sobre todo la vovelliana. Martínez Gil¹⁶, a partir de la revisión de una diversidad de fuentes —testamentos, registros parroquiales, artes de morir, sinodales, religiosidad popular, etnología, iconología y literatura—, se centra en los siglos XVI y XVII para analizar las transformaciones en las actitudes en torno a la muerte en el Renacimiento y el Barroco, donde observa el proceso de clericalización de la muerte y, por tanto, de la vida. La muerte no sólo es la expresión de una angustia existencial, sino también un reflejo de la vida, las desigualdades y tensiones sociales, en un contexto donde la Iglesia cobra un valor fundamental.

Por su parte, Jiménez Aboitiz¹⁷ realiza, desde una perspectiva sociológica, un análisis de la muerte en la sociedad española contemporánea donde la Iglesia ha pasado a segundo plano. Retoma la propuesta de Vovelle con el fin de mostrar en qué medida el modelo de muerte dominante en la etapa actual, influida por procesos de globalización, secularización, individualización, burocratización, etc., es la (de)negación de la muerte, más que su aceptación o reivindicación como parte del proceso vital. Esa negación es de tipo emocional, puesto que no se tiene el deseo de morir, aunque en el fondo se reconoce la finitud.

3.2. Latinoamérica, México y sus acercamientos a la muerte

A pesar de los aportes de este modo de analizar la muerte, tras el llamado “giro lingüístico” y “cultural” se cuestionan tanto la historia analítica y cuantitativa dirigida a las estructuras y procesos sociales, como aquella orientada hacia lo colectivo, lo numeroso y lo anónimo,

para generar una “historia de lo singular, narrativa, de los pequeños grupos con sus redes, interrelaciones y estrategias singulares”¹⁸. Este tipo de historia cercana al postestructuralismo, la antropología, la lingüística y la sociología, se ancló en la tesis de que

toda sociedad está compuesta por sus grupos heterogéneos capaces de crear y recrear sentidos propios a partir de realidades muchas veces distintas y hasta beligerantes entre sí; al mismo tiempo que resignifican tales sentidos en coyunturas y realidades sociales en el corto y largo tiempo histórico¹⁹.

Aquí son relevantes las nociones de poder y apropiación, de tal forma que es posible incluir, en términos de Certeau²⁰, un “análisis *polemológico* de la cultura” que permite ver cómo ésta articula conflictos diversos y se desarrolla en un medio de tensiones y hasta violencias.

Es a partir de este diálogo entre la historia de las mentalidades y la nueva historia cultural —ambas cercanas a los aportes de la antropología simbólica— que los estudios sobre la muerte trascendieron las fronteras continentales y se convirtieron en una preocupación compartida en países latinoamericanos como Chile. A modo de muestra, Ovalle Pastén²¹, a partir de lo que denomina una “hermenéutica de la muerte” en diálogo con Ricoeur, analiza el tránsito de una muerte narrada propia del periodo colonial hasta una muerte callada durante el siglo XIX a partir de los procesos de secularización. Con esto se centra en cómo la muerte pasó de ser algo cotidiano y que acompañaba la propia vida, a una entidad negada y, sobre todo, privatizada. A pesar de aportación en términos epistemológico-metodológicos, traza la misma ruta evolutiva del pensamiento occidental: de lo cotidiano a lo reprimido.

Por otro lado, Serrano²² y León León²³ se centran en la revisión de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX que es cuando se gestan los procesos de secularización y separación de la Iglesia y el Estado. Pero no se centran en la mentalidad común, sino en las disputas en torno a la muerte y sus usos a partir de la participación de nuevos actores institucionales. Sus estudios están más cercanos a lo político.

Serrano analiza el periodo de 1845 y 1885 para observar cómo, entre otras cosas, la “secularización de los cementerios” que convirtió a la muerte en un asunto político, mostró un “pluralismo de los vivos” donde el catolicismo se convirtió en una opción, a la par de los discursos higiénicos y los nuevos vínculos contractuales de mercado que colocan la centralidad en el individuo. Por su parte, León León se centra en el periodo de 1883 a 1932, para ver cómo las “leyes laicas” subvirtieron las formas de concebir y vivir la muerte, haciendo de ella un negocio, cambiando sus espacios de refugio y formas de interacción con ellos, y propiciando la entrada de otros dispositivos como el número, la ciencia y la ley.

De igual manera, en México se ha hecho historia de la muerte desde la Época Colonial hasta nuestros días, aunque desde diversas perspectivas. La invitación a realizarla comenzó con Viqueira²⁴, quien a partir de una revisión de dos textos literarios de la época ilustrada y estableciendo un diálogo con Ariès, intenta cuestionar la supuesta originalidad del sentimiento mexicano ante la muerte, el cual se supone que ha permanecido a lo largo del tiempo como un elemento que cruza todos los grupos sociales. De este modo, emplea el método histórico para observar los complejos intercambios realizados en nuestro contexto y, al mismo tiempo, el carácter paradójico de nuestras producciones.

Acto seguido, Pescador²⁵, cercano a la historia de las mentalidades, se aproxima a la población y sus estructuras mentales frente a la vida y la muerte desde fines del siglo XVI a principios del XIX con el estudio de los archivos parroquiales en México. En ellos, con el caso de Santa Catarina, localiza informes sobre la cotidianeidad de párrocos y feligreses, sus actividades económicas, formas de vida comunitarias y religiosas, conflictos y disputas, frente a tres hechos de la vida: el nacimiento, la constitución de parejas y la muerte.

De igual modo, Zárata Toscano²⁶ analiza las actitudes y comportamientos individuales, ceremonias y rituales sociales, así como la perpetuación de la memoria colectiva en la nobleza entre 1750 y 1850. Grupo que, según la autora, estableció un estilo de vida que sirvió de modelo para otros sectores poblacionales de menor trascendencia socio-económica, con lo que otorga el predominio de producción de

estilos de vida a las élites, sobre los sectores populares. Utiliza como fuente documental principal los documentos donde se establecen las últimas voluntades de hombres y mujeres: los testamentos.

El siglo XIX, sobre todo la segunda mitad, ha sido analizado porque en él se revelan transformaciones y disputas notables ante el paso de los camposantos ubicados en las Iglesias a los cementerios extramuros. Cuenya Mateos²⁷, a partir de una historia de la salud en la ciudad de Puebla, acentúa la labor de funcionarios liberales para sacar los entierros y registros de los templos e inaugurar nuevos registros y espacios para el depósito de los cadáveres según las medidas sanitarias e higiénicas de las “modernas” regulaciones gubernamentales. Pero esas medidas fueron resistidas y dejadas de lado en varios periodos. Su aceptación no fue inmediata ni acrítica, sino que incurrió en diversos conflictos y, sobre todo, contradicciones.

Por su parte, Valdés Dávila²⁸ también genera un acercamiento a los “lugares de reposo” de los muertos pero en Coahuila, donde observa la gestación de representaciones y prácticas “ilustradas” que ven la muerte como algo sucio y una amenaza para la salud que requiere ser ocultada pero, paradójicamente, impulsan su visibilidad a través de “representaciones gloriosas y metafóricas” en los sepulcros para mantener la memoria. Es desde ahí que se acerca a la iconografía de los sepulcros y, al mismo tiempo, a su organización interna y las diferencias que implica en el trato de los muertos.

En la misma línea de los análisis iconográficos, Bermúdez Hernández²⁹, vincula la historia social —de 1870 a 1930— de los “coletos” —forma de autonombramiento y distinción con respecto a otros grupos— de San Cristóbal de las Casas con la iconografía funeraria de su panteón. Desde el análisis artístico de las esculturas y la arquitectura sepulcral, así como su distribución interna y ubicación en el entorno urbano, ingresa al campo de las contradicciones de una sociedad en transformación que lejos de revelar la igualdad ante la muerte, revela el carácter jerárquico de una ciudad dividida en clases.

Finalmente, Lomnitz, a partir de un cruce entre historiografía y antropología, esboza una historia social, cultural y política de la idea de la muerte en México. En sus palabras,

... en lugar de imaginar una cultura popular de la muerte que precedió al Estado y luego un Estado que manipuló o creó una falsa imagen de esa cultura popular, se explorará la manera en que la construcción cultural de la muerte dio forma al Estado y a la cultura popular³⁰.

Desde una perspectiva polemológica de la cultura, examina la construcción de la muerte como símbolo tutelar de la nación más allá de lo folclórico o lo religioso, trazando una serie de conflictos entre sectores sociales y el valor dado a los rituales mortuorios en diferentes épocas del desarrollo nacional. Con esto muestra que el modo de vivir la muerte en México no es un proceso estático ligado a tradiciones inamovibles, está sometido a transformaciones y adaptaciones, tensiones y usos políticos constantes. Su revisión histórica culmina con ejemplos etnográficos como las fiestas del Día de Muertos y el culto a la Santa Muerte que, según el autor, es la evolución de una expresión religiosa chiapaneco-guatemalteca.

Dicha expresión ya había sido estudiada por Navarrete³¹, quien se acercó al culto a San Pascual Bailón en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas como una forma de religiosidad popular en conflicto con las disposiciones institucionales. Abordó el mito de la Muerte y el ser del mexicano como una construcción intelectual postrevolucionaria. Analizó antropológica e históricamente el culto a la muerte, considerando su raíz indígena, su origen en la provincia de Guatemala, y su problemática extensión en una ciudad cambiante.

4. Otra aproximación a la muerte: una mirada latinoamericana

La muerte, en diálogo con los textos citados, es un espacio de poder y un ámbito de disputas en lo que se refiere a sus causas, sus consecuencias, sus creencias y rituales. Los imaginarios, discursos y prácticas en torno a ella, contrarios a las actitudes y comportamientos que conforman una estructura afectiva y mental común transmitida a través del inconsciente colectivo, son negociadas en contextos donde participan las constantes y cambiantes regulaciones institucionales, las desiguales y fluctuantes condiciones socio-económicas de los

grupos, y las apropiaciones hechas por las personas según sus recursos disponibles.

Así, es preciso analizar los usos que el Estado, como uno de los principales agentes de delimitación y legitimación de los significados, ha hecho de la muerte. Esto se refiere a que el Estado, sobre todo en su acepción moderna aliada con procesos jurídicos y económicos específicos, busca imponer un modo de significación en que se trata de ocultar la muerte como un residuo, esto es, una especie de “rechazo de lo que no es tratable y constituye... los ‘desechos’ de una administración funcionalista”³².

A partir de este ocultamiento se intentan generar imaginarios y prácticas que tienden a mantener a la muerte al margen, a recluirla en espacios externos, a invisibilizarla de la vida social pero también a usarla como medio para generar un sentido de “identidad” a través del culto a héroes o la creación de una imagen domesticada que nos acompañe como un elemento cultural con raíces prehispánicas o, al menos, coloniales. Pero esta generación de imaginarios y prácticas que busca ser completa con el fin de crear identidades imaginadas que tiendan a la homogeneidad, es negociada, disputada, y produce sospechas en las relaciones cotidianas.

Aunque pretende producir un sentido de igualdad formal, en la práctica permanecen jerarquías que manifiestan desigualdades. Aunque se trate de administrar la muerte para administrar la vida según criterios donde participan instancias económicas, religiosas, políticas, jurídicas, sanitarias, educativas..., el proceso de normalización y disciplinamiento no se completa, da espacios para la resistencia y usos tácticos por parte de las personas. El Estado intenta (uni)formar a la población, pero, a la vez, la población (trans)forma y produce elementos que pueden ser luego incorporados por el Estado.

Estas reflexiones permiten pensar que las cosas no son simplemente como son —lo que implica su constitución y aparición físico-material—, sino que llegan a serlo, percibirse y experimentarse como tales a partir de dispositivos que los nombran. Hablar de la muerte no es referirse simplemente al hecho concreto del morir, sino que el referente “muerte” se construye como un significante sobre el

cual se construyen significados complementarios o contrapuestos, a partir de las relaciones de los agentes sociales con los dispositivos de poder. Es aquí donde las dimensiones histórica, social y cultural de la vida humana cobran importancia en la definición de la muerte; ya que dichas dimensiones nos remiten no al significante o al significado por sí mismos, sino al complejo y conflictivo proceso de significación.

De ahí la importancia de acercarse a las formas específicas de configuración —entendida no como sistema cerrado y determinante³³— de la muerte en un espacio y tiempo específicos, sin dejar de lado que responden a procesos que los preceden. La noción de configuración nos remite a una compleja articulación entre las formas en que se concibe, los modos en que se experimenta, y las maneras de actuar, en este caso, en torno a la muerte.

Es preciso acercarse a ella como idea, como proceso y como relación a partir de la configuración que realizan los agentes en la narración³⁴; misma que remite a la muerte de otros, no a la propia. Pero es en esa narración, en el relato de muerte, el relato que tematiza la ausencia del otro y que dinamiza la reflexividad propia, donde se articulan y en donde es posible analizar la configuración socio-cultural de la muerte y sus transformaciones; puesto que ésta aparece, antes que como problema existencial individual o de detención de las funciones vitales, como la ruptura enigmática de las relaciones espacio-temporales con otros.

5. Reflexiones finales

Con lo anterior, proponemos aproximarse a la muerte, más allá de su carácter biológico-individual, como una forma simbólica construida socio-históricamente con la participación de diversas instancias, en la que se producen y disputan determinados imaginarios y prácticas sobre la “buena vida” y la “buena muerte”. Esta aproximación se realiza desde una mirada que aunque se funda en una perspectiva histórica, sociológica y antropológica, busca integrar otras dimensiones jurídicas, clínicas, epidemiológicas y demográficas. La igualdad de todos no es posible ni aún en y ante la muerte, sólo lo es virtualmente

en los discursos que sobre ella se erigen. Todos morimos pero no todos morimos igual o en las mismas condiciones.

Así como los proyectos de homogeneización se elaboran como esfuerzos, nacionales o transnacionales, de corte universalizador; las disputas, tensiones y contradicciones también se generan en todo el territorio, pero se regionalizan o se localizan de acuerdo con historias y trayectorias diferenciadas de grupos o poblaciones concretas³⁵. He ahí la razón por la que Certeau reconoce que “dispositivos semejantes, al aplicarse a relaciones de fuerzas desiguales, no generan efectos idénticos”³⁶.

De esto se desprende cómo el estudio de la muerte ofrece vetas de investigación para los estudios regionales en Latinoamérica y en México, pues éstos se centran en el hecho de que todo tejido social se desarrolla en forma diferenciada en distintos territorios. Los grandes proyectos o pretensiones de talante universalizador, pasan por el tamiz de las regiones, donde serán apropiados de acuerdo con las trayectorias históricas gestadas en esos territorios.

Los estudios sobre la muerte son, a nuestro parecer, una de las formas de entrar a la discusión de los estudios regionales para observar cómo funciona el proceso de significación en un espacio particular; puesto que toda versión oficial, sea de la historia o de la cultura, tiende a dejar fuera e invisibilizar las producciones de otros sectores sociales implicados en las disputas por la producción, distribución y consumo de los significados.

Aún en medio de estos procesos de poder, es posible rastrear otros procesos de significación que, aunque no están formalizadas, permanecen al margen y se alían con las posibilidades cotidianas de uso y apropiación de los proyectos homogeneizadores. Esto es reconocer que aún en sociedades con profundas jerarquías sociales y formas de organización bastante definidas, existen espacios para “personalidades emprendedoras, dinámicas, que manifiesten una fuerte capacidad de innovación y de ruptura”³⁷, incluso sin ser cabalmente conscientes o sin proponérselo. Sus movimientos son tácticos, más que estratégicos.

La muerte, nuestra muerte, es una preocupación cotidiana. No sólo por el temor a la muerte en sí, sino por lo que implica. La muerte nos

agobia por sus implicaciones personales, sociales, económicas, políticas y religiosas. Pero aún permanece la duda de si al morir termina todo. Al menos podemos decir que un recurso para no perecer por completo es reconocer el carácter social de la vida y la muerte, es decir, que se permanece en los “labios de los vivos”, de quienes nos sobreviven, de quienes cuentan lo acontecido; hecho que implica otra forma de interacción entre vivos y muertos que, normalmente, es reprobada como ingenua o supersticiosa pero que manifiesta dinámicas vitales inconclusas.

El acercamiento a realidades más localizables, como las regiones, permite pensar el problema filosófico de la universalidad entendida “como la posibilidad de comprensión totalizadora (pero humana) a partir de un particular”³⁸. Esta comprensión que incluye una dimensión temporal y espacial permite dar una mirada a nuestro presente; de modo que la apuesta por los estudios sobre la muerte es, al fin, una apuesta por la vida. El problema no es morir, sino cómo se lleva a cabo, de modo que aún en el morir, en el descanso subsiguiente y en la narración posterior, subsisten diferencias que incurren en desigualdades.

Notas:

- ¹ N. González González. “El estudio de la muerte como fenómeno social. La reflexión metodológica y el trabajo epidemiológico.” *Estudios Sociológicos*, México, El Colegio de México, 2000, vol. XVIII, núm. 33, págs. 677—694.
- ² M. Azpeitia Martín. “Historiografía de la “historia de la muerte.” *Studia Historica. Historia Medieval*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2008, núm. 26, págs. 113—132 / A. B. Pérez Duche. “La antropología de la muerte: Autores, enfoques y períodos.” *Sociedad y religión*, Buenos Aires, Programa Sociedad, Cultura y Religión del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL), 2012, vol. 22, núm. 37, págs. 206—215.
- ³ D. Ovalle Pastén. “Narración, tiempo humano y muerte: reflexión teórica por una hermenéutica histórica de la muerte.” *Revista Historia Autónoma*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2013, núm. 2, págs. 161—175.
- ⁴ M. F. Ríos Saloma. “De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo

- XX.” *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, Universidad Autónoma de México, 2009, núm. 37, págs. 97-137.
- ⁵ J. Ziegler. *Los vivos y la muerte*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1976.
- ⁶ R. Da Matta. *A casa & a rua. Espaço, cidadania, muhler e morte no Brasil*. Rio de Janeiro, Rocco, 1997, pág. 133.
- ⁷ Z. Bauman. *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires, Paidós, 2008, pág. 37.
- ⁸ O. G. Hernández Lara. “El aporte de Fernand Braudel a los estudios culturales. La geohistoria y la larga duración.” En A. Márquez Murrieta (Coord.). *Espacios tatuados: textos sobre el estudio de las regiones y los territorios*. México, Instituto Mora, 2012, págs. 143-166.
- ⁹ M. F. Ríos Saloma. “De la historia de las mentalidades a la historia cultural. Notas sobre el desarrollo de la historiografía en la segunda mitad del siglo XX.” *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, Universidad Autónoma de México, 2009, núm. 37, págs. 97-137.
- ¹⁰ F. Martínez Gil. *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*. Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, S.A, 1993, pág. 9.
- ¹¹ P. Ariès. *El hombre ante la muerte*. Madrid, Taurus, 1983.
- ¹² M. Vovelle. *Mourir autrefois. Attitudes collectives devant la mort aux XVIIe et XVIIIe siècles*. France, Gallimard / Julliard, 1974.
- ¹³ F. Martínez Gil. *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*, pág. 4.
- ¹⁴ M. Vovelle. *Ideologías y mentalidades*. Barcelona, Ariel, 1985.
- ¹⁵ N. Elias. *La soledad de los moribundos*. México, Fondo de Cultura Económica, pág. 34.
- ¹⁶ F. Martínez Gil. *Muerte y sociedad en la España de los Austrias*.
- ¹⁷ R. Jiménez Aboitiz. *¿De la muerte (de)negada a la muerte reivindicada? Análisis de la muerte en la sociedad española actual: Muerte sufrida, muerte vivida y discursos sobre la muerte*. Tesis de Doctorado, Departamento de Sociología y Trabajo Social, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad de Valladolid, Valladolid, España, 2012.

- ¹⁸ J. Martínez Martín. “Historia socio-cultural: el tiempo de la historia de la cultura.” *Revista de historia Jerónimo Zurita*, España, Institución Fernando El Católico, 2007, núm. 82, págs. 237—238.
- ¹⁹ R. Chartier citado en D. Ovalle Pastén. “El paso de la muerte narrada a la muerte callada en Chile, siglos XVI-XIX. Reflexiones para una hermenéutica de la muerte.” *Cuadernos de Historia Cultural. Revista de Estudios de la Cultura, Mentalidades, Económica y Social*, Viña del Mar, Cuadernos de Historia Cultural, 2012, núm. 1, págs. 23.
- ²⁰ M. de Certeau. *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México, Instituto Tecnológico y de Estudios, Universidad Iberoamericana, 2000, pág. XLVIII.
- ²¹ D. Ovalle Pastén. *El paso de la muerte narrada a la muerte callada en Chile. Una interpretación historiográfica del cambio de actitudes ante la muerte. Siglos XVI-XIX*. Tesis de Maestría. Instituto de Historia, Facultad de Filosofía y Educación, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Viña del Mar, Chile, 2011.
- ²² S. Serrano. *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845-1885)*. Santiago, Fondo de Cultura Económica Chile, 2008.
- ²³ M. A. León León. *Sepultura sagrada, tumba profana: los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932*. Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, LOM Ediciones, 1997.
- ²⁴ J. P. Viqueira. “El sentimiento de la muerte en el México ilustrado del siglo XVIII a través de dos textos de la época.” *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, México, El Colegio de Michoacán, 1981, vol. II, núm. 5, págs. 27-62.
- ²⁵ J. J. Pescador. *De bautizados a fieles difuntos. Familia y mentalidades en una parroquia urbana: Santa Catarina de México, 1568-1820*. México, El Colegio de México, 1992.
- ²⁶ V. Zárate Toscano. *Los nobles ante la muerte en México. Actitudes, ceremonias y memoria (1750-1850)*. México, El Colegio de México, Instituto Mora, 2000.
- ²⁷ M. A. Cuenya Mateos. *Del panteón al cementerio: el largo camino hacia la secularización de los entierros en una ciudad decimonónica. El caso de la ciudad de Puebla*. Xalapa, Veracruz, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, 2012.

- ²⁸ A. V. Valdés Dávila. “Tumbas y cementerios en el siglo XIX mexicano.” *Boletín de Monumentos Históricos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2010, núm. 19, págs. 74—88.
- ²⁹ L. del R. Bermúdez Hernández. *De arte y vida en el panteón Coletto: 1870-1930* (Vol. 74 de Biblioteca Popular de Chiapas: Pensamiento Contemporáneo). Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas, 2005.
- ³⁰ C. Lomnitz. *Idea de la muerte en México*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006, pág. 56.
- ³¹ C. Navarrete. *San Pascualito Rey y el culto a la muerte en Chiapas*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1982.
- ³² M. de Certeau. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, pág. 107.
- ³³ E. de la Garza Toledo. “La metodología marxista y el configuracionismo latinoamericano.” En E. de la Garza Toledo y G. Leyva (Eds.). *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales*. México, Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2012, págs. 229-255.
- ³⁴ P. Ricoeur. “La vida: un relato en busca de narrador.” *ÁGORA*. Papeles de Filosofía, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2006, vol. 25, núm. 2, págs. 9-22.
- ³⁵ C. Martínez Assad. “Historia regional. Un aporte a la nueva historiografía.” En H. Crespo [et al]. *El historiador frente a la Historia. Corrientes historiográficas actuales*. México, UNAM-IIH (Serie Divulgación, 1), 1992, págs. 121-129.
- ³⁶ M. de Certeau. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. Pág. XLVIII.
- ³⁷ G. Levi citado en A. Kindgard. “Historia regional, racionalidad y cultura: sobre la incorporación de la variable cultural en la definición de las regiones.” *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales — Universidad Nacional de Jujuy*, 2004, núm. 24, pág. 172.
- ³⁸ D. Trejo Bajaras. “La historia regional en México: reflexiones y experiencias sobre una práctica historiográfica.” En *Revista História Unisinos*, Brasil, Universidade do Vale do Rio dos Sinos, 2009, vol. 13, núm. 1, pág. 17.